

Cómo engañar a las mujeres

(Monólogo Teatral)

Carlos Etxeba

Si hay algún hombre que haya estudiado las posibilidades que tenemos los hombres para engañar a las mujeres, ese soy yo. He estudiado muchos trucos, muchos recursos y he llegado a conclusiones interesantísimas.

Voy a ser sincero con Uds. Hoy tengo un día malo y me da por la sinceridad. Cuando los hombres hablamos con los amigos sobre mujeres, es obligatorio que cada uno cuente a los demás todas sus conquistas amorosas.

Si alguno me dice que él se ha pasado por la piedra a diez mujeres estupendas, sin pagarlas un duro, simplemente por su cara bonita, entonces yo me veo en la necesidad de contar que estando en Kenia me cepillé sin pagar un duro, solo por mi cara bonita y por mi simpatía a veinte jóvenes keniatas de grandes tetas y de grandes culos, porque allí el sexo es libre. Además añado que me lo agradecieron hasta con lágrimas en los ojos, por lo bien que se lo pasaron, dadas mis grandes cualidades amorosas.

Como ellos no han estado nunca en Kenia y no saben nada de las costumbres de las negras, no tienen más remedio que creerlo.

Las conquistas de uno siempre tienen que ser mayores que las de los demás aunque sean mentira y tengas que decir que incluso te has pasado por la piedra a alguna Ministra de Fomento de alguna autonomía rara.

Yo no puedo ser menos que ellos. Viene a ser lo mismo que cuando los pescadores cuentan el tamaño de los peces que han pescado, ensanchando desmesuradamente los brazos.

Cuando los hombres hablamos de conquistas de mujeres se entiende que éstas se han entregado voluntariamente porque han sabido apreciar que un pene vale más que un peine.

Les cuento por ejemplo que cuando yo tenía veinte años, una mujer casada se encaprichó conmigo y me daba todos los meses la cuarta parte del sueldo de su marido para que le hiciera el amor una vez al mes solamente. Siempre hay alguno que dice que a él le daban mucho más que a mí, que a él le daban el sueldo entero y solo por hacer el amor una vez al año.

Si hay alguno que dice que él se cepilló a la Lady Di, yo le tengo que replicar que yo me cepillé en dos ocasiones a la reina madre de Inglaterra. ¡Faltaría más!

Ya se sabe que entre amigos estas cosas siempre se exageran. Por eso yo me quiero sincerar con Uds. para que no se fíen de las exageraciones de muchos hombres que sólo saben decir mentiras.

Siempre me ha parecido que hay tres tipos de mujeres: las románticas, las astutas y las sentimentales.

Las mujeres románticas son las mejores para ponerles los cuernos. Una mujer romántica no ve nunca la cruda realidad del marido que tiene por delante. Se fija siempre en detalles secundarios. Se fija sobre todo en las palabras. Es muy fácil enamorar solo con palabras a una mujer romántica.

Basta con alabarles siempre el pelo, cuando vienen de la peluquería. Para eso el hombre deberá aprender los términos esenciales y básicos que se usan en las peluquerías. Deberá saber qué es un cardado, qué es un teñido, qué son unas mechas, porque si no, las mujeres se dan cuenta de que les estás mintiendo.

Si dices por ejemplo, ¡querida, qué bien te queda el rubio platino, estás maravillosa!, cuando en realidad le han teñido a un castaño oscuro, ella se va a dar cuenta enseguida de que la estás engañando y de que hay gato encerrado en tus expresiones. Entonces va a levantar la guardia y te va a observar con cuidado. Sabe que la estás engañando.

Por eso conviene que el marido en cuestión haya cursado por ejemplo las primeras lecciones de un curso de peluquería. Se puede comprar también un libro que trate del tema y que lo deje descuidadamente entre los libros de la biblioteca, para leerlo a ratos, cuando no está la mujer.

Una vez que el hombre se ha impuesto en el lenguaje de las peluquerías, ya es dueño de la situación, porque la mujer romántica va mucho a la peluquería y ese es el momento propicio para ponerle los cuernos.

Eso hacía yo con mi primera mujer que se llamaba Leonor. Tenía una cabellera larga de seda y muy ondulada y ella se pasaba grandes temporadas en la peluquería, para mantenerla siempre en forma. Durante el resto del día estaba constantemente pendiente de mí, de lo que hacía, de lo que debía hacer, de lo que debía haber hecho, de lo que decía, de lo que debía decir, de lo que debía haber dicho, de lo que pensaba, de lo que debía pensar, de lo que debía haber pensado, de los calzoncillos que llevaba, de los calzoncillos que debía llevar, de los calzoncillos que debía haber llevado..., pero cuando iba a la peluquería se olvidaba de mí totalmente y como tenía que hacer cola, me dejaba el tiempo suficiente para ponerle los cuernos.

Después, me bastaría con decirle unos piropos sobre la cabellera que le habían dejado en la peluquería, para dejarla tranquila y satisfecha.

Leonor tenía una amiga que se llamaba Tita y que me miraba siempre de una manera extraña, como con ojos de mujer fatal, o casi fatal..., bueno si no fatal, por lo menos libidinosa, con ganas de correrse una juerga con mi cuerpo serrano.

Esperé el momento adecuado, la oportunidad para ponerme en contacto con ella. Un día mientras Leonor estaba despreocupada en la peluquería, vi pasar a Tita por la calle y la invité a un café.

Ella aceptó y noté que su mirada era de fuego, acariciante, insinuante, como si estuviera deseosa de tener conmigo una relación extramatrimonial irresistible. Sucedió todo en un momento de debilidad por mi parte. Me dejé llevar de la emoción y le expuse el plan. Ahora que mi mujer estaba en la peluquería podíamos ir a mi piso a darnos un revolcón sexual a gusto.

Los ojos de Tita en lugar de ser los de una mujer fatal se convirtieron en los ojos airados de una pantera que quería devorarme. A continuación me pegó un puñetazo en un ojo que me lo dejó morado durante un mes. Luego se fue corriendo a la peluquería y se lo contó todo con pelos y señales a mi mujer.

¡El lío que me armó mi mujer fue espantoso! Me amenazó con separarse e ir a vivir con su madre. Solo se calmó cuando le dije que ella era mucho más guapa que Tita. Que Tita, además de fea, era tonta y que cómo iba a estar tan loco para ponerle los cuernos con una mujer de peores cualidades que ella. Le dije que todo había sido una broma, que Tita no había comprendido mi broma, porque se sorprendió de repente. Ella no dio crédito a mis explicaciones y, como estaba de mí hasta el gorro, se separó.

Había cometido varios fallos graves y este percance me sirvió de aprendizaje para futuras ocasiones.

Había aprendido una cosa muy importante. No hay que ligar nunca con las amigas de la mujer, porque éstas se lo cuentan todo enseguida a las otras amigas que suelen ir a la misma peluquería y al final el asunto tiene una publicidad mayor que si se publica en todas las revistas del corazón.

Decidí ligar con mujeres desconocidas, de esas que encuentras por la calle, que no saben nada de mi vida privada, ni conocen a mi mujer ni a mis parientes y que van a las cafeterías a ver si hay algún hombre que las invite.

Mi segundo matrimonio fue con una mujer que aparentó ser muy inocente durante el noviazgo, pero que en realidad era muy astuta. Se llamaba Margarita. ¿Cómo me enteré de que era astuta?

Tardé dos años en comprobarlo. Parecía como si no prestara atención a mis cosas. Yo creía que había encontrado a la mujer ideal. En primer lugar solo tenía estudios primarios, es decir, escribía con muchas faltas de ortografía y sumaba, restaba, multiplicaba y dividía muy mal.

Si te casas con una universitaria, está claro que será muy astuta y que te dará ciento y raya en todo lo concerniente a la gramática parda de los hombres.

Una analfabeta, puede tener garantías de ser muy inocente y poco astuta. ¡Ya, y a! ¡Eso creía yo! Margarita, la analfabeta, era mucho más astuta que Leonor, la universitaria.

Me cacheaba todos los bolsillos, todos los días mientras me duchaba en el cuarto de baño, sin que yo me diera cuenta de nada.

Decidí moverme sin miramientos, puesto que Margarita, la analfabeta, me daba margen suficiente para poder ponerle los cuernos.

Como ya no me fiaba de las amigas de mi mujer, decidí atacar por el lado de las desconocidas. El lugar adecuado eran las cafeterías. Allí hay siempre mujeres solitarias que buscan guerra. Lo noto enseguida. Hacen como que están esperando un tiempo para coger el tren, pero lo que están haciendo en realidad es esperar a ver si algún tío se les acerca, les invita a un whisky y luego le llevan a su apartamento.

En una cafetería del extrarradio me encontré con una mujer solitaria, elegantísima y guapísima que me miraba solapadamente, como queriendo ligar conmigo.

Me pareció que me guiñaba un ojo y que me sonreía lujuriosamente. Este es mi fallo. Cuando una mujer me gusta, enseguida me parece que me guiña el ojo y que me sonríe lujuriosamente y puede suceder que no sea así.

No me pude fijar en la edad, porque cuando una mujer me subyuga, me da lo mismo que tenga cincuenta, cuarenta, o treinta. Si está buena y me subyuga, para mí lo de menos es la edad.

Me bebí seis whiskys y me acerqué con tanto ímpetu que sin darme cuenta tiré una silla que se interponía en mi camino y al acercarme a ella, la sujeté fuertemente de un brazo y la acaricié libidinosamente los pechos mientras le decía: «Muñeca, soy todo tuyo. Vamos a un hotel que te voy a dar el revolcón más lujurioso de la historia española contemporánea».

Me miró asustada, mientras me decía:

-¡Pero Gerardo, qué bestia eres! ¡Es que no te has dado cuenta de soy tu tía Antonia, la que trabaja en Suiza! ¡Eres un sinvergüenza! ¡Ahora mismo voy donde tu mujer y le cuento lo que has intentado hacer conmigo!

Acto seguido me pegó un bofetón que sonó en la cafetería como un trueno.

¡Qué vergüenza pasé! Me sentí como una cucaracha pisoteada. Estaba expuesto al desprecio público de la gente. ¡Cómo es posible que no me percatara de que aquella señora tan lujuriosa, que me miraba tanto, era mi tía Antonia, la hermana de mi padre! ¿Qué me estaba pasando a mí? ¡Me estaba convirtiendo en el ser más miserable de la tierra! ¿Por qué me ciega tanto la pasión del sexo hasta el punto de cometer verdaderas atrocidades?

Mi tía le contó todo a mi mujer y nos separamos, sin haberla puesto nunca los cuernos. Mi fama de mujeriego subió como la espuma por todo Baracaldo. Mis amigos se lo creyeron todo y yo no tuve más remedio que rentabilizar la situación, presumiendo de Don Juan delante de ellos.

La conclusión que saqué de aquí es que no debo precipitarme nunca en cuestiones sexuales y que tengo que tener mucha calma, para que no se produzcan situaciones desagradables.

Decidí buscar una compañera que fuese muy sentimental y que se lo creyese todo, para poder ponerle los cuernos fácilmente.

¿No han notado Uds. que las mujeres sentimentales ven la realidad de una manera completamente distinta que las astutas? Solo hace falta ponerles una excusa muy sentimental también, para que caigan en la trampa. Se deshacen en lágrimas fácilmente y se lo creen todo.

Eso es lo que yo suponía hasta que Gloria, mi tercera mujer, me demostró todo lo contrario.

Gloria estaba siempre pendiente de mí y tenía una facilidad extrema para llorar ante cualquier desgracia que sucediese. Sería muy fácil hacerle creer cualquier cosa con mil excusas de tipo sentimental.

Me puse el siguiente plan. Los ligues ya no los buscaría en las cafeterías, que dan malos resultados, como han podido ver. Debería buscar los ligues en los departamentos de lencería de los grandes almacenes, porque allí van las mujeres muy desinhibidas, se quitan la ropa tranquilamente, como si tal cosa.

Sería muy fácil pasearse por allí y guiñar el ojo a alguna mujer sin escrúpulos que entrase al probador con el sujetador en la mano para probárselo. Ya saben Uds., se desnudan, se ponen la ropa y dejan la puerta un poco abierta por si hay algún admirador que pueda verlas.

Me dediqué a pasar, como si tal cosa, por el departamento de lencería femenina de unos grandes almacenes a eso de las siete de la tarde, cuando las mujeres desinhibidas sienten la gran necesidad de comprarse sujetadores nuevos, porque de tanto ponérselos se suelen desgastar mucho, si los pechos son muy voluminosos.

A esa hora salía yo del trabajo y me daba una vuelta por allí, mirando el género y fijándome en las señoras que abarrotaban la sala.

Un día me sucedió una cosa muy curiosa. Una dependienta había notado que yo me fijaba mucho en la calidad de las puntillas y bordados y se lo comunicó al Jefe del Departamento que era un señor muy gordo y muy alto. Los dos comenzaron a cuchichear sobre mi persona, mirándome muy atentamente y sonriendo constantemente.

Creían que yo era de esos caballeros que les gusta vestirse de señora en su casa y no estaban dispuestos a dejar escapar la ocasión de venderme también a mí algunas prendas muy caras.

El Jefe del Departamento se me acercó muy delicadamente bajando la voz, para que no le oyera nadie y me dijo:

- No se preocupe, caballero. Entre nuestros clientes también hay señores que les gusta ponerse este tipo de ropa interior. Tenemos prendas de tamaño especial muy grandes. Tome éstas y pruébeselas en este probador interior.

Sin darme tiempo a replicar, me llevó a un probador interior y me dejó en las manos unas bragas y un sujetador descomunales, como para que se las pusiera un rinoceronte.

No tuve tiempo de reaccionar. Si quería justificar mis visitas constantes al departamento de lencería, tenía que probármelas y comprarlas, aunque luego tuviera que tirarlas.

Me quité la ropa y me puse las bragas y el sujetador. Me miré al espejo y me vi como un elefante ridículo que intentara bailar una rumba. ¡Qué horror de visión!

Intenté quitarme aquellas prendas ridículas, cuando de repente entra en el probador frenéticamente, sin llamar previamente, el Jefe del Departamento, el señor gordo y alto de uno noventa de estatura. Me abraza como un loco y me dice insinuantemente:

- Cariño, estás divina. ¡Cómo me excitas con bragas y sujetadores! ¡Date la vuelta que te voy a hacer feliz!

Para cuando me quise dar cuenta de sus intenciones, el gigantón de marras, de uno noventa de estatura, me agarró con una fuerza descomunal para darme la vuelta violentamente.

¡Eso no podía quedar así! Empecé a gritar y a pegar al gigantón. Aquello se convirtió en una pelea descomunal. Yo le pegaba menos. Él me pegaba más. Yo gritaba más. Él gritaba menos. Yo arañaba más. Él no arañaba, él zurraba la badana. Me dejó todo el cuerpo amoratado de la pelea. La gente oía las voces y se arremolinó junto a la puerta del probador.

El Jefe del Departamento salió gritando que yo era un travestí de la mierda que había intentado violarle.

Salí malherido del probador y además tuve que pagar por las dos prendas que quedaron destrozadas y que me costaron un riñón.

En estos follones, a pesar del secretismo que pretende darle la dirección del establecimiento, siempre hay una mujer que se lo dice a otra mujer, que se lo dice a su vez a otra conocida, que se lo dice a su vez a otra amiga tan rápidamente que cuando llegas a casa tu mujer ya está al tanto de todo.

¡Qué escena! Mi mujer, muy sentimental, empezó a llorar y me inundó el piso de lágrimas. Quise convencerla de que todo fue fruto de la casualidad, de que no era lo que se pensaba, de que a veces el destino te juega una mala pasada.

Pero no, ella no daba el brazo a torcer. Yo era un travestí anónimo, que le había engañado y que se marchaba de casa para siempre.

Se marchó y ya no la volví a ver jamás en la vida. Cambió de calle, cambió de ciudad, cambió de nación, debió de cambiar hasta de continente, para no cargar con la humillación de haberse casado con un hombre que usaba bragas en lugar de calzoncillos y sostenes en lugar de interiores.

Mi fama ya no era, precisamente, la de un mujeriego, no. Mi fama ahora era la de una violador de hombrones, muy machos, gordos y altos de uno noventa.

En estas condiciones, ¿cómo voy a poder ligar con mujeres sensuales, hermosas y ávidas de placeres sexuales? Voy a tener que emigrar a otra ciudad, o a otro país, o a otro continente, o a otro planeta, porque en éste me conocen hasta las ratas.

A pesar de todo esto, yo sigo queriendo aprovecharme de todas las ocasiones que me dé la vida para ligar con señoras estupendas que estén ávidas de sexo y que quieran gozar de las enormes cualidades que tengo para hacerlas felices.

Si entre Uds. hay alguna señora de buen ver que quiera ligar conmigo, lo único que tiene que hacer es hacerme una señal discreta a la salida del teatro.

Cuando yo salga del teatro y me vea, lo que tiene que hacer es abrir la cartera, sacar la barra de labios y pintarse un poco los labios.

Cuando yo vea que hay una señora que se está pintando los labios, me daré cuenta de la estratagema y me situaré delante de ella para que me siga. Le prometo que no la defraudaré y que le demostraré lo macho que soy en realidad. ¿Vale?

Podría suceder que en lugar de una mujer que se está pintando los labios, encuentre a cinco que están haciendo lo mismo y al ponerme yo delante, van y me sigan las cinco, para comprobar si es verdad todo lo que les he dicho.

Todo puede suceder... ¡Ya me gustaría que por lo menos una me hiciera esta señal a la salida del teatro! A ver si se animan las señoras y quieren probarlo, ¿eh?. Adiós.

FIN